

cenar no construye una fantástica teoría, sino que, sencillamente, intenta situarse en la conciencia del propio emperador, y desde allí, con la mayor fidelidad, narrar la circunstancia que le rodea, proyectarse continuamente en ella y hacer surgir de sus contrastes la figura de Adriano.

La problematicidad, pues, que esta historia no de hechos, no de objetos, sino de sujetos lleva consigo, se sitúa más allá de las posibilidades históricas y se justifica precisamente por ello. Lo que falta a esta novela histórica para adquirir cualidad de Historia como tal es el "juicio histórico" sobre los hechos y las vidas que en ella aparecen; ahora bien: esto saldría ya fuera del ámbito asignado a una obra de este estilo, cuyo mérito máximo ha de consistir en una interpretación en la que esté implícito este juicio histórico y sea evidente al lector el formularlo.

EMILIO LLEDÓ

AL MARGEN DE UN LIBRO DE CARMEN LAFORET:
PAULINA O LA SINCERIDAD

(COMENTARIOS A UNA LECTURA)

El acierto de una obra son sus personajes. Lo importante es eso caliente y humano que se nos da en el protagonista. Cuando una obra tiene personaje, la obra tiene vitalidad, se justifica. Ese y no otro es, a nuestro modesto juicio, el acierto de "Paulina", "la mujer nueva".

Todos hemos conocido mujeres; pero no todos han conocido a "Paulina". Esa mujer que se hace realidad en la fantasía del lector y que no pasa de ser una fantasía real para quien le dió la vida. Otra vez, Carmen Laforet vuelve a regalarnos con un personaje entrañable y humano; débil y valeroso a la vez. Aquella absorbida Andrea de *Nada*, pálida, triste, fugitiva criatura, es aquí esta "Paulina" llena de vitalismo honrado, ajena a falsos prejuicios, sana en todas las intenciones de su espíritu y de su cuerpo. Nos interesa "Paulina"; podemos encontrarla en nuestra vida real, quizá en algún momento la hemos encontrado. Pero "Paulina" nos resulta también enigmática, profunda, sencilla. Enigmática porque

es hija de sus espontáneas vivencias, que ella misma difícilmente puede explicar. Es profunda porque no es ajena a esa intuición que la abraza en curiosidad, en saber, para hacer "su camino". Es sencilla porque, fundamentalmente, es sincera. Creemos que la sinceridad de "Paulina" es su cualidad más sobresaliente y definida. Ella no sabe ser hipócrita; nos lo dirá en más de una ocasión a lo largo de la obra. Por eso no puede admitir la convivencia de Eulogio hasta convencerse de las poderosas razones que la han de llevar hasta él. Por eso no es fiel a Antonio en la profunda razón instintiva de mujer; pero, por otro lado, no puede admitir ese camino si en él ha de aparentar "algo" que ya no es suyo. Por eso no puede vivir en "Villa de Robre", porque su propia sinceridad se lo impide. Por eso intenta una vida más suya que se hace después una vida egoísta, y, por tanto, una vida falsa, contraria a sus deseos y aspiraciones.

La verdadera transformación de "Paulina" está en ese encuentro aparentemente superficial con el hijo, cuando nace una rebeldía que es sólo el impacto con una realidad que la circunda. Es sólo la consecuencia natural de aquella transformación presentida desde hace años y sentida después de golpe con ímpetu y claridad meridiana en el amanecer de un tren sobre Castilla, frente a "mil aromas de hierbas secas y humildes". Poco a poco vamos no sólo viendo lo que es "Paulina", sino sintiéndola. Se hace táctil, corpórea. Es una criatura que se alimenta de una insaciable sed de sinceridad. Nos produce dolor el despego que "Paulina" siente por sus padres, pero nos lo explicamos. Ella no quiere ser, ni hacer, lo que ellos fueron e hicieron. "Paulina" está hecha noblemente para lo noble; ella lo sabe, lo quiere, lo espera. Toda la obra en este personaje, y todo el personaje, es esto sólo: sinceridad.

Nunca es "Paulina" más fuerte, más suya y más de su propio mundo que cuando ella trueca lo que era ardiente deseo de felicidad por ese equilibrio de verse "gozosamente vivir". No pide demasiadas explicaciones, se contenta con ese descubrimiento insólito de lo que estaba en ella y buscaba ansiosamente, con angustia y desasosiego, en los demás.

El amor se hace para "Paulina" armonía, conocimiento; no es la pequeña o la gran pasión lo que la interesa: aquello es sólo lo que se enciende con el deseo y se apaga con el dolor y el remordimiento. Por eso, lo que había de exigencia natural desde el principio, la propia e inexcusable necesidad de ser sincera consigo misma, es después de un período de crisis que le induce a someter a una revisión sus propias convicciones, para estimar un deseo de

amar no como una querencia ciega y atrayente, sino como la clave de su propia sinceridad.

“Paulina” había sido una fiel observadora de lo que sentía, lo que le había permitido poder ser descarnadamente sincera con su propia persona. No ha podido vivir sin preguntarse qué la pasa. Que le pasa por su corazón. Quiere claridad y verdad aun dentro de los sentimientos más complicados y contradictorios. Cuando lo presentido se hace luz, lo hace llegar hasta sus últimos rincones íntimos. Hay muchos momentos de dura prueba para “Paulina”; se somete a la presión de sus propios recuerdos personales, a la cercanía de unas figuras que la han sugestionado; por eso puede comprender si su emoción o sentimiento es falso o verdadero. Es toda una lucha para ser fiel a sí misma. Pero “Paulina” es fina espiritualmente; tiene una mínima exigencia: la de su sensibilidad a flor de piel. No quiere el menor fingimiento ni hace concesión a una fácil sensibilidad; por eso tiene un gran temor a sufrir influencias. Mide el más leve rumor—secreto de su propia angustia—cuando queriendo ser sincera no llega a serlo.

Los demás personajes de la novela son un poco lo que es “Paulina”; son su contraste, su contraluz. Alguien nos ha dicho que, sin embargo, “Paulina” no tiene rostro; no sabemos exactamente de su belleza, poca o mucha, de su fisonomía total. Quizá sea cierto; pero yo estimo que no nos interesa su rostro, que lo que realmente nos interesa es lo que ella, simbólicamente, representa. Tal vez es más cierto que los restantes personajes de la obra están demasiado en un segundo plano, demasiado borrosos, perdiéndose fugitivos en la mente creadora de la autora. Reconocemos que no todos están a la altura de lo que exigía una figura como “Paulina” y sólo sentimos que esa mujer inteligente, sensible, sincera, pudiera estar interesada por un tipo tan vulgar y mediocre como lo es Antonio. ¿Nos ha querido dar la autora un contraste ilógico, tan característico del mundo femenino? Tal vez. En cualquier caso es un episodio necesario para explicar esa sinceridad que “Paulina” busca en sí misma, y que es el gran tema de la obra.

Hay una aportación que es importante para que podamos sentir a “Paulina”, y es el clima de un paisaje. Un paisaje en el que fácilmente recuperamos horas de nuestra vida personal. El paisaje es el nuestro, como el tiempo es también nuestro. Quizá es lo que nos permite comprender a “la mujer nueva” como una “mujer de nuestro tiempo”.

Así es como “Paulina” se nos aleja al final por ese Retiro madrileño de nuestras juveniles esperanzas, acogida al amparo de

Eulogio, como si la hubiéramos conocido y admirado en una realidad cercana.

Como "Paulina" es en el fondo pueden ser muchas mujeres; si no lo son es porque desconfían de su propio camino y no tienen confianza para amar sinceramente, viviendo con simple "gozo de vivir".

JAIME MURILLO RUBIERA

ANTOLOGIA DE POESIA ESPAÑOLA 1954-1955

Un quehacer como el de la antología, tan de siempre, no podía ser ajeno al nuevo enfoque de estos tiempos que, en lo poético, están significados, universalmente, por la abundancia y, por tanto, por la dificultad seleccionadora.

En labios de nuestros abuelos, e incluso de nuestros padres, antología venía a querer decir definitivo: puro grano sin paja. Dos circunstancias esenciales han aconsejado la necesidad de estos libros panorámicos donde figuran, como en el presente, no ya todos los poetas vivos importantes, sino aquellos que han destacado durante un año.

Dos circunstancias decíamos: la primera, tratar de acercar la poesía al público destruyendo, tratando de destruir más bien, cierto "complejo" de desatención; la segunda—no explícita, pero me figuro que real en el propósito de la editora—, facilitar así la tarea de antólogos futuros, a la vista de estos balances líricos (valga la expresión). De este modo, podrá valorarse tanto el poema aislado como los libros. Y, en definitiva, servirá de incentivo.

Pero, por algo más, me parece importante y verdadera novedad lo que la editorial Aguilar ha acometido. Es ello el que figure, al pie de cada poema, la revista donde fué publicado. Ya se lamentó Dámaso Alonso de que se hubiesen perdido números en que colaboraron autores que, con el tiempo, fueron grandes, y cuyas primeras muestras es imposible conocer o supone una búsqueda fatigosísima. Aquí está la solución: una perfecta ayuda bibliográfica sin la que, en consecuencia, es casi imposible un completo dictamen crítico.

No es posible, naturalmente, percibir el nuevo y forzoso sentido que la poesía ha de tener. Sí permite este libro "ver" desde su